

## CASA DE CITAS

Volví a Barcelona luego de tres años por el mundo. Volví para “re-conocer” y de paso saciar ciertas adicciones por las que encuentro placer y de las que también me cuido, ambas cuestiones a la vez.

Nuevamente me alojé frente al parque del Mirador del Poble Sec, en la pensión de Josep Auster, viejo compañero de noches conversadas. Viejo por su edad y vieja las tantas veces que visité la ciudad utilizando su hospedaje.

Apenas tomé la habitación mudé de ropas y cerca ya del anochecer, discretamente, enfilé para El Raval.

Como lo fue siempre, con la costumbre de pasar por tres o cuatro bares donde tomar algo, o en ocasiones tapear como dicen allí, pero fundamentalmente para frecuentar y reencontrarme con queridos amigos y personajes que tienen luz cuando el día promueve las sombras.

Tomo poco, digamos relativamente poco, como para conservar la lucidez pero a la vez darme el gusto con alguna bebida cómplice que complementa ciertas agradables compañías.

Era seguro que el primer sitio del recorrido fuese Aturar Beltrán, un bar/tasca económico como para arrancar y donde encontré siempre a los carcamanes de los Jardines de las Tres Chimeneas, lagartos de día bajo los árboles del parque y expertos nocturnos en el boliche, discutiendo variedades de hachís y debates políticos intrincados y largos.

Suele ser un lugar donde van bastantes turistas también, los hay de toda calidad y origen. Entre los hombres los británicos y franceses son de mi especial estima, amigables y sensibles. Los germánicos, cultos pero soberbios. Van algunos asiáticos

con los que no tengo ni tendría trato. Y los evitables son los albaneses y rumanos, muy pendencieros y con elevada capacidad de consumo de alcohol.

También hay mujeres, algunas catalanas, digamos españolas en general, en pose de ganarse la vida, pocas europeas y escasas negras inmigrantes. Damas que no me invitan a la concurrencia ni tengo noción de su pasar.

Me fui de Beltrán luego de un par de tragos, varias compañías recobradas y ciertas combinaciones con personajes interesantes.

Siempre dentro de El Raval, me dirijo hacia el bar de Casualitats confiando en encontrar a Didac, mi antiguo amigo y habitué, con el que solíamos en mejores tiempos, compartir copas y con muchos afectos continuar la reunión hasta el siguiente amanecer.

No llegué a destino, casi al pasar por la plaza d'Emili Vendrell recorriendo la calle Dels Angels, observo con extrañeza y atención, sobre la fachada de una vieja casona muy restaurada, unas luces blancas y verdes sin marquesina ni identificación.

Me ganó la curiosidad e intuí un lugar de diversión, un club nocturno, o algo así.

Me dio rareza, ningún anuncio, ninguna luz roja o a lo sumo azul.

Solo luminarias blancas y verdes, tenues, como camuflando intenciones.

Entré con la inquietud de un descubrimiento, casi con la premonición exagerada de ingresar al infierno.

El lugar era enorme, en el hall de entrada un mostrador cortaba el paso y en el que cobraban un precio fijo con derecho a una consumición.

Particularmente, dado el presumible sentido del antro, no discriminaban en cuanto al género de los visitantes.

Es así, entré y pagué tratando de adivinar que había más allá de la poca luz. Pasé por una arcada hacia un local mejor iluminado y grande. Había por todos lados mesas, sillas, mesitas, sillones, hombres buscando y mujeres esperando. Y música suave.

Parejas en postura de consumirse. Sentados en torno a las mesas, ocupando los sillones o simplemente parados conversando.

Ellos, casi todos entrecanos, ellas provocativas y entre ambos y con algunos me pareció ver tapaditos gestos, quizás con un dinero también.

Sobre un lateral había una barra de tragos, allí se canjeaba la primera consumición y se pagaban las restantes.

En todo momento, además, unas señoritas de uniforme ceñido al cuerpo y con grandes antifaces adornados con plumitas, pasaban con bandejas ofreciendo unos bocadillos, con una sonrisa clara y modales finísimos.

El mismo vestuario detentaban las camareras de la barra.

Recorrí el salón, sentí que me observaban e imaginé algunos guiños que sin mirar eludí expresamente.

Pasé hacia otra dependencia más iluminada, cambiaba la música en un sentido rítmico acelerado y estridente. El estilo de esta dependencia estaba decorado dentro de la psicodelia Warholiana. Varios sillones llenos de la misma calidad de hombres y mujeres y poquísimas comparecencias de parejas del mismo sexo. Todo era más animado y colorido.

Aquí se fumaba bastante, los aromas se confundían entre consumos de hierbas de toda condición.

Muchos riendo con afectación y exageradamente. Había signos de una incipiente locura y sobre un entarimado se alzaba un gran habitáculo de cristal, quiero decir transparente, lleno de agua, y flotando en la superficie un bote, estanco y de doble fila de asientos de llamativo tapiz aterciopelado y donde un par de parejas departían alegremente.

Me disculpé con una bonita mulata que deseaba iniciar una conversación.

Mientras las señoritas de las bandejas seguían su deambular y reparto. Una camarera se me acercó ofreciéndome sus artículos con una sonrisa, le hice una pregunta y con la misma sonrisa me aclara, entre dientes, que tienen prohibido hablar con los clientes y clientas.

Me pareció ya ver todo lo que mi curiosidad ansiaba, sin embargo, me mudé a otro salón. Fui hacia la pared del fondo y tras un portón me encontré con un patio, y otra música vino a vibrar esta vez con aires de charlestón. Era un recinto más agitado, gritado, estentóreo, ruidoso.

Había un carrusel pequeño en el medio del espacio, solo habitado por luces, espejos y parantes donde se sostenían, subidas, mujeres de activa provocación, intensas y vestidas con ropas holgadas. Me di cuenta de que el ropaje estaba abrochado sencillamente con abrojos, o sea, ese tipo de parches de tela que lo llaman velcro y que con solo tirar se quita fácilmente del cuerpo.

Llegué justo que comenzaba una función muy bizarra. Vi todos varones que se situaban alrededor de la calesita y mientras giraba ésta, intentaban tomar y arrancar de a una cada vestidura de las damas actantes. Al paso del rodeo y casi colgadas de los parantes, las muchachas trataban de esquivar las manos nerviosas de los expectantes.

No eran simples las maniobras, pero tampoco tan difíciles. Las féminas iban quedando casi desnudas y cuando terminaban en bragas, bajaban del artefacto y combinaban con el varón o la persona que fuera que lograba quitarle la última prenda.

Este bochornoso espectáculo duraba lo que el curso del tema musical que se estaba escuchando. Las mujeres que permanecían vestidas todavía, bajaban del carrusel y se marchaban pasando por detrás de un cortinado, las elegidas emprendían rumbos inciertos junto a sus electores.

Luego los sonidos se aplacaban, se detenía toda maquinaria, la locura y el griterío se disipaba por unos minutos hasta el próximo acto frenético.

En un momento pensé: -“que estoy haciendo aquí, en este triste mercado humano”.

Busqué los baños detrás de una puerta vaivén y tras un largo pasillo no veo rastro sanitario alguno, solo otra puerta vaivén al final, detrás de la cual estaba la cocina donde preparaban las bandejas con los bocadillos y en el medio del pasillo otra puerta hacia una dependencia, como de un vestuario y del que salió la camarera que me encaró antes, vestida con ropa de calle y con intenciones de largarse rápido del establecimiento.

Estábamos en el pasillo sin nadie que nos viera o escuchara. Le pregunto por la prisa y, a pesar de la prohibición, me dice que debe regresar a su casa, que ese día habían faltado dos mozas y que los patronos le pidieron que hiciera horario extendido. Pero no podía continuar más y se retiraba, aclarándome que ella solo bandejeaba, que no ejercía otra tarea allí.

Salió presurosa mientras yo me asomaba al vestuario. Entre un perchero por una parte y un estante por la otra estaba la indumentaria de la señorita. Tomé todo lo que había, sin pedirlo por supuesto, cambié mis ropas y me vestí con esas prendas

lujuriosas.

Me ví gustosamente en un espejo, más luego me fuí por el pasillo con el traje muy ceñido a mi cuerpo y el antifaz de las plumitas colocado.

Pasé por la cocina, tomé una bandeja repleta de bocadillos y regresé a los salones, ofreciendo el comestible con una sonrisa clara y unos modales finísimos.